

V Jornadas de Investigación en Humanidades

Departamento de Humanidades
Universidad Nacional del Sur
Bahía Blanca, 18 al 20 de noviembre de 2013

www.jornadasinvhum.uns.edu.ar



Volúmenes Temáticos de las
V Jornadas de Investigación en Humanidades

Coordinación general de la colección
GABRIELA ANDREA MARRÓN

Volumen 3

**Prácticas de investigación en
marcos institucionales alternativos**

MARÍA ANDREA NEGRETE
(editora)

Escribir juntos. El castillo de la energía y la producción compartida en Ferrowhite

Analía BERNARDI
Ferrowhite Museo Taller
anitaberni@hotmail.com



Presentaciones para un inicio

Aclaración

Este trabajo apunta a reflexionar sobre el proceso de producción del libro *El castillo de la energía*, editado por Ferrowhite a principios de 2013. Hecho a partir de una serie de anotaciones que fui tomando durante los meses en que, junto a Nicolás Ángel Caputo, trabajamos intensamente para construir este libro, se trata de una consideración personal tanto de lo que significó este proceso en particular, como del trabajo del museo como espacio de investigación alternativa.

Museo taller

Ferrowhite se define como un museo taller. En principio, porque ocupa lo que fuera el taller de mantenimiento de la ex usina eléctrica Gral. San Martín, en el puerto de Ingeniero White, y porque la colección de objetos que preserva, refiere especialmente al trabajo en el mundo del ferrocarril.

La temática que el museo aborda se deriva, en parte, de estas condiciones materiales. Un museo, entonces, sobre la historia y el presente del trabajo en el ferrocarril, el puerto y las usinas. El modo de contar y de mirar esa historia, en cambio, supone una elección entre muchas alternativas posibles. Ferrowhite intenta contar la historia del trabajo en este ferropuerto a partir de las experiencias laborales y personales de los trabajadores, porque adhiere al propósito de construir una historia desde abajo.

Pero la denominación de museo taller alude también a que Ferrowhite se propone a sí mismo, además de como un espacio de

exhibición, como un espacio de producción. Un museo donde se editan publicaciones, se hacen videos y se fabrican objetos de uso cotidiano como bolsas, remeras o bancos para sentarse.

La dinámica

El museo es frecuentado por diferentes ‘públicos’: visitantes de fin de semana, instituciones educativas, investigadores, turistas foráneos, posibles entrevistados... Entre estos últimos, hay quienes establecen un vínculo especial con el museo, y esto se produce a partir del descubrimiento precisamente de que este, además de ser un espacio de paseo, es un lugar de posible permanencia. En este lugar se pueden hacer cosas. Por eso, cuando Roberto Orzali (2010)¹ dice “este es un museo de locos”, no se refiere tanto a las personas que lo habitan como al hacer que despliegan, a esa ‘locura’ (como bailar el bolero de Ravel², dedicar un tango para algún extranjero que está de paso o hacer un libro sin ser profesional de las letras, la historia o la investigación) que en este museo está no sólo permitida, sino también fomentada.

La noción de museo taller también se refiere a estas situaciones. Se trata de un museo que intenta experimentar, si se quiere, con otros modos de practicar la memoria. Es decir, que el testimonio deje de estar meramente en las entrevistas para expresarse y ponerse en juego en maquetas, obras de teatro³, intervenciones en las visitas guiadas para las escuelas o acompañamientos durante los fines de semana. El tránsito de la entrevista a otras prácticas del testimonio, implican para las personas un movimiento en cuanto a su identidad: de ser ‘informantes’ devienen artesanos, actores, guías de museo...

La incorporación en el día a día del museo, hace que estas personas se vuelvan referentes y voceros de ciertas historias. Pedro Marto suele decir que historias como la de él (que trabajó como estibador⁴), las vivió mucha gente. Angelito podría decir lo mismo de sus compañeros de usina. Pero lo que vuelve diferentes a Pedro o a Angelito es que, a diferencia de otras personas, están dispuestos a contar

¹ Roberto fue marino mercante. *Flying Fish* es su libro de viajes de ultramar y la obra de teatro que protagonizó en 2010.

² En Ferrowhite, el bolero es sinónimo de Pedro Caballero, ex ferroviario que en 2008 lo interpretó en la obra de teatro documental *Archivo Caballero*.

³ Sobre los artefactos documento y la experiencia de teatro, ver www.museotaller.blogspot.com y www.undocumentalenvivo.blogspot.com.ar

⁴ Pedro fue estibador en el puerto de Ing. White. En 2007, inició el ciclo de teatro documental con *Pedro concejal*. Vestido de guarda ferroviario, Pedro recibe al público que visita el museo los fines de semana.

y repetir mil veces sus anécdotas y a practicar esa memoria. La voluntad a veces se vuelve la razón para explicar por qué son ciertas personas las que escriben, hablan y hacen en el contexto de un museo. Pero acaso por conocer que no todos están dispuestos a tomarse esa molestia, cuando Pedro, Roberto o Angelito cuentan sus historias no lo hacen meramente en su nombre y dando cuenta exclusivamente de su experiencia, sino que siempre detrás de ellos se vislumbra un sujeto colectivo, los ‘compañeros’.

Acercamiento

Los lazos que se desarrollan por fuera del museo, de amistad, vecindad, compañerismo o parentesco, juegan un rol importante en la tarea de acercar gente. A partir de estos lazos es posible describir muchas de las trayectorias de quienes llamamos ‘los amigos del taller’.

Así, José, que fue soldador en esta usina, un día trajo a su hermano. Fue una mañana de invierno en la que Nicolás Ángel Caputo, quien trabajó durante más de treinta años en esta central eléctrica, en las secciones de máquinas, calderas y que también integró el equipo de buceo, volvió a entrar a este taller, después de casi veinte años de ausencia. Tantas cosas habían pasado en este espacio que de hecho el taller se había convertido en un museo. Pero los tacos de madera y las marcas del suelo (donde antiguamente estaban las herramientas) que aún persisten, indicaban que había (y hay) un pasado por contar.

En esa primera charla, Angelito dijo que él sabía tanto de la usina Gral. San Martín que podía hacer un libro. En un museo que, de algún modo, es custodio de dicha usina, el comentario no pasó desapercibido. En efecto, el interés por reconstruir la historia del castillo que durante más de cincuenta años proveyera de energía eléctrica a toda la ciudad y parte de la región, también estaba en el equipo del museo. Y como había sido una de mis primeras tareas cuando comencé a trabajar en este lugar, fui designada para acompañar a Angelito en una aventura que comenzaba de inmediato.

El empujón

A diferencia de otras publicaciones editadas por Ferrowhite, de este libro no existían materiales previos. Si bien muchas veces lo había considerado, y otras tantas había insistido su familia para que lo hiciera, Angelito no había ni siquiera esbozado un renglón antes de venir al museo. De modo que hacer este libro suponía no sólo empezar de cero,

sino también hacerlo desde el principio de manera compartida. En ese sentido, el equipo del museo intervendría en el proceso y en el producto final tanto como Angelito.

Qué significaba y cómo escribir juntos esta historia, entre el equipo de un museo que de usinas sabía poco y nada y Angelito, un ex trabajador que nunca había hecho algo así como un libro, fueron preguntas que estuvieron presentes desde el principio. Interrogantes que era preciso formular, pero que sólo iban a encontrar respuesta en la medida en que nos pusiéramos en movimiento.

Lo que sigue es un repaso por algunos puntos que nos permiten repensar cómo efectivamente se dio ese proceso, qué dificultades aparecieron y cómo se fueron solucionando.

Dupla. Probablemente fue una sorpresa para Angelito tenerme a mí de interlocutora para la primera fase del trabajo que comenzaba con las entrevistas. Cojinetes, manchones, bombas, condensador, palabras propias de un mundo de máquinas, eran demasiado específicas para una 'jovencita'. Los prejuicios respecto del género y la edad parecían indicar que el funcionamiento de la usina era un tema que me resultaba no sólo de difícil comprensión, sino también de escaso interés. El hecho de que yo insistiera en conocer otras dimensiones del trabajo, como la de la sociabilidad, acaso reforzaba esta idea.

Aunque esto no nos impedía trabajar juntos, una situación ajena al estricto proceso de realización del libro, fue lo que ayudó a que Angelito modificara esa mirada. En el marco del 80° aniversario de la inauguración de la usina, en octubre del 2012, participamos de una entrevista televisiva sobre la historia de ese emblemático lugar. En esa oportunidad, me preguntaron para qué servía esta central eléctrica y qué trabajos se hacían allí a diario. Mi respuesta, bastante precisa, que retomaba muchas de las cosas que Angelito me había contado, daba cuenta que había prestado atención y que había asimilado esas nuevas informaciones. En un contexto de distancia respecto de nuestra tarea, que él escuchara como yo podía describir el funcionamiento de la usina, posibilitó la reconsideración como interlocutora. Otro efecto de esta nota televisiva tuvo que ver con comenzar a comprender la dinámica en que el museo se mueve y a revalorizar el hecho que estuviera haciendo esta historia con nosotros y no de manera solitaria.

Tiempos. La otra cuestión que hubo que elaborar fue la relativa a la celeridad. Angelito desconocía el tiempo y los pasos que se requieren para hacer un libro. Y si bien desde el principio le aclaramos que el

proceso llevaría muchas instancias (grabar entrevistas, transcribir los audios y manuscritos, editar, diseñar, pedir un presupuesto, mandar a imprimir...) para él seguía siendo una cosa sencilla y de rápida resolución.

Una vez más, ser testigo e integrarse a la dinámica del museo, fue lo que permitió trabajar sobre esas ansiedades. En efecto, el hecho de que las entrevistas las hiciéramos en los días libres que dejaban las visitas escolares, hizo saber a Angelito no sólo que yo cumplía otras tareas en el museo (y por lo tanto que no tenía todos los días para abocarme al libro), sino también que me encontraba con otros interlocutores a los que les ‘enseñaba’ de la usina.

Angelito pasó, entonces, de estar pendiente de que el libro se terminara pronto a que yo entendiera bien cuáles eran los elementos fundamentales para producir energía eléctrica o cómo trabajaban los buzos en la limpieza de los canales, para luego transmitirlo mejor a los chicos. En ocasiones, Angelito participó de esas visitas, explicó cómo trabajaba la central, contó anécdotas y respondió a las inquietudes de los niños de un modo directo. De manera que, si bien seguíamos teniendo como objetivo la publicación del libro, por momentos esta pasaba a un segundo plano en la medida en que el sentido de su testimonio se había redefinido.

Escrito. Hacer un libro suponía para Angelito, en principio, ponerse a escribir y esta tarea no fue delegada. Así, mientras algunas mañanas nos encontrábamos en el museo para grabar las entrevistas o recorrer el predio del castillo, para pensar en voz alta y consensuar qué cosas decir y qué no; por las tardes Angelito iba redactando en su casa su historia de vida y de trabajo.

Como esos escritos eran algo escuetos como para llenar un libro y en las entrevistas aparecía, como suele suceder, un tipo de relato más desestructurado, una serie de informaciones interesantes que no aparecían en el texto y donde era posible reconocer el trabajo de la memoria de Angelito, propusimos integrar ese registro a la publicación. A la redacción ordenada de su experiencia de vida y de trabajo, en la que se marcaban momentos significativos, sugerimos combinar fragmentos de entrevistas en los que los mismos hitos se contaban de otra manera, se reponían aspectos complementarios o directamente se relataban anécdotas de otra índole.

Oral. La propuesta de integrar la oralidad fue difícil de asimilar para Angelito por las características que son propias de ese registro.

Esas especificidades, a las que nosotros como ‘investigadores’ no sólo estamos acostumbrados, sino también valoramos y encontramos altamente significativas, a Angelito no le convencían porque distaban de la idea y la fantasía sobre cómo debe ser un libro.

El carácter fragmentario de la lectura resultante entre párrafos escritos y dichos rompía el orden que imaginaba Angelito. Él trataba de unir los temas: que mencionara a la bomba de agua le daba el pie para hablar del circuito de vapor. Angelito priorizaba un relato de la usina que se centrara en los procedimientos, en las descripciones de las máquinas y circuitos, una mirada técnica que a su vez se vinculaba con pensar como primeros lectores a los compañeros, y especialmente a los ingenieros y técnicos. Por eso, cuando una mañana se llevó para leer la transcripción de una entrevista, al día siguiente volvió con algunas ‘correcciones’ para hacer: datos erróneos que atribuía a una mala transcripción y no a un equívoco en la narración, expresiones, como decir que “reviente la turbina”, que no eran apropiadas para el tono formal que se imaginaba, o analogías que le parecían inadecuadas como comparar una caldera con una pava de cocina.

Ante la insistencia de nuestra parte por conocer otras dimensiones del trabajo en la usina (y sobre la base del reconocimiento de un saber diferencial, “ustedes ya hicieron libros, ¿no?”), o incluso la simpatía que causaba en los niños escuchar las bromas que se hacían entre compañeros, Angelito comenzó a ver con otros ojos ese tipo de anécdotas. De modo que poco a poco “esas cosas que te gustan a vos”, como las carreras de bicicletas o el mate cocido en el altillo, se volvieron cosas que nos gustaron a los dos.

Afuera. Luego de tres meses de entrevistas y de redacción en paralelo, Angelito sintió que la primera etapa del trabajo se había terminado, que no tenía más para contar ni escribir. “Si les gusta bien, y si no tírenlo”, solía decir. El dar un cierre provisorio también coincidió con una serie de acciones que comenzaban a gestarse en el museo: la fiesta de los 80 años del castillo, el proyecto de construir una réplica de la balsa que utilizaba el equipo de buceo (y para ello la tarea previa de hacer una maqueta), o la renovación de la comisión de la asociación civil Amigos del Castillo, fueron actividades en las que Angelito se involucró. En ese sentido, hacer un libro comenzaba a diluirse en muchas más tareas que escribirlo. Y Angelito comenzaba a integrarse como ‘amigo del taller’ a la dinámica general del museo, a trabajar con otros miembros del equipo, a proponer acciones o simplemente a darse una vuelta para saludar.

Forma. Sobre la base de una división de funciones implícita, luego de que Angelito brindara lo que podríamos llamar gran parte del contenido del libro, al equipo del museo le correspondió el trabajo sobre la forma. Transcribir las entrevistas y los escritos, combinar esos registros, ubicar las anécdotas que sólo habían tenido lugar en la oralidad, agregar las fotos y dibujos, diseñar la totalidad de la publicación, fueron algunas de las tareas que hicimos con el material provisto por Angelito y el que construimos junto con él.

Negociación. El libro contiene tanto el relato de la experiencia de vida y de trabajo de Angelito como una historia de este emblemático castillo escrita por el equipo del museo sobre la base de documentos, artículos periodísticos e investigaciones académicas. Compuesto de textos y transcripciones de entrevistas, fotos y dibujos, lo que se percibe en el producto final, tuvo un correlato, como vimos, en el proceso de producción: qué decir y qué dejar afuera, qué imágenes utilizar y cuáles no, fueron cosas que se fueron consensuando a medida que nos encontrábamos para hacer las entrevistas, ver qué materiales se necesitaban para construir la balsa o decidir qué se hacía para el cumpleaños de la usina. Una negociación constante entre lo que cada uno creía que el libro debía ser, respecto del contenido, del orden y del tono; y lo que el otro evaluaba sobre esas ideas y propuestas. Una situación que se fundaba en el reconocimiento de saberes y habilidades diferentes (uno sabe de usinas y desconoce de hacer libros, y viceversa) pero que se sostenía en el proceso de trabajo cotidiano. Un proceso que encontraba en el cumplimiento de pequeñas acciones (vinculadas o no con el libro), los motivos para seguir haciendo y a la vez, para mantener la relación que se iba creando en paralelo.

A modo de cierre

El museo estimula un proceso de protagonización de las personas que prestan su testimonio. Es decir, desarrolla una serie de estrategias, como exagerar nuestro desconocimiento de ciertos temas para convencer a alguien de lo valioso que puede ser lo que tiene para contar, o generar desde la edición de textos o de videos, una cercanía con el testimonio que refuerce la experiencia personal.

En el caso de *El castillo de la energía*, a pesar de que fue un trabajo compartido, en la tapa del libro se reconoce como autor a Nicolás Ángel Caputo. Realizada adrede, la operación del museo radica

en jerarquizar el hecho de que un trabajador de usina se pusiera a escribir un libro. De esta manera, afín a un modo de comprender la historia, se intenta poner en variación las ubicaciones sociales fijas que indican que un trabajador de usina es solamente eso y, al mismo tiempo, revalorizar a Angelito como más que un informante de otras épocas.

Nuestro trabajo precisa de cierta sutileza. Como si la protagonización de los testigos necesitara de la minimización de las formas que lo llevan adelante. Es decir, no podemos ser totalmente explícitos con nuestro modo de trabajar, porque de hacerlo, sería como un mago que todo el tiempo explicara las trampas de sus trucos. Perdería la magia.

Pero el riesgo que se corre es que, en esa tarea de volvernos ‘invisibles’, nos borremos a nosotros mismos como participantes de la construcción de esas memorias. Cómo reconocer nuestro trabajo, sobre todo en un museo que se aboca a esta temática, sin por otra parte caer en la soberbia; cómo ser pares en la diferencia, es el desafío que se nos plantea a diario.

El proceso de trabajo, de nuevo, ayuda mucho. Angelito, después de todo lo que compartimos en este tiempo, lo tiene claro. “Este libro es de los dos, me dice, lo hicimos juntos”. Capaz que se trata de generar las condiciones para ese hacer compartido y confiar en lo que podamos ir construyendo juntos.